Crítica de Libros

MANUEL ALCÁNTARA: *Ciudad de entonces*. Colección "Arbole", I. Madrid, 1962.

Con este libro, Alcántara ha conseguido el Premio Nacional de Poesía. Ya es un dato significativo, digno de atención. ¿Es mejor *Ciudad de entonces* que los anteriores libros de Alcántara? *Manera de silencio* reveló al poeta; *El embarcadero* constituyó la total puesta a punto de los iniciales recursos expresivos, al servicio de un popularismo lleno de garbo. Después vino *Plaza Mayor,* con una apertura clara a la comunidad del hombre de hoy, a sus afanes diarios, a sus tristezas. Ahora, *Ciudad de entonces* resume las líneas de *Plaza Mayor.* Como es fácil comprobar, Alcántara disgrega cada tema en dos libros. Le corresponde ya otra variación. ¿Cuál será, cómo enfocará su nueva visión? El poeta tiene la palabra.

La temática es actual, realzada por un vocabulario afín, repleto de giros ligeros, graciosos. Alcántara es fácil, posee facultades. Fácil no quiere decir simple; la simpleza es un defecto y la facilidad un don. La postura del poeta ante el mundo procede de un relativismo indudable, de un final encogerse de hombros. He oído decir que a la poesía escrita de Alcántara le falta dialéctica interior. Sin embargo, yo afirmaría que al relativismo y al escepticismo se puede llegar, en poesía, de dos maneras: o publicando las causas, o callándolas para dejar al aire solamente los resultados. Unamuno, en gran parte de su obra, es un escéptico, y nos enseña constantemente su combate interior, su proceso. Manuel Machado también es un escéptico, y podemos comprobar los caminos que le condujeron a su poesía en *El mal poema;* nos muestra, a cada paso, su explícita hondura. En cambio, otros poetas vedan el fragor, solean los restos del naufragio, dando por sabida la lucha. A este grupo pertenece la poesía de Manuel Alcántara, más concentrada de lo que a simple vista parece. (Y otra cosa: el dominio de la forma, ¿por qué tiene que perjudicar a un poeta? Una bella forma, como una bella infancia, jamás debe ser renunciable.)

A veces, Alcántara sobreacusa la intelectualización:

> Confieso que ha llegado a preocuparme
> la manera de ser de las semanas.

Esta intersección de realidades distintas, exagerada con un lenguaje concreto que el poeta maneja bien, constituye un cartel que tiene pintada la palabra "peligro". Alcántara, no obstante, se salva con su elegancia lírica, lo cual no hacen sus imitadores. La poesía de Alcántara es sugestiva, y toda sugestión se extiende, aparece potencialmente creadora y posible para los imitadores de oficio.

Poeta natural, dotado, fiel a su línea de siempre, alerta al mundo exterior, con meditaciones en torno a esa muerte que todos llevamos dentro, aquí Alcántara asoma esa lucha interior tantas veces celada. Al fin y al cabo, este celar versos, penas o mujeres, es una forma de andalucismo. La poesía de Alcántara siempre tiene un velo en la cara, un enigma por aclarar.

Los dos sonetos—buenos sonetos—titulados "Radiografía" y "La almohada", dan señales de la interioridad del poeta. He aquí "La almohada":

La memoria es culpable. Si se arrumba,
se le seca al dolor un afluente.
Si una nieve cordial, blanda y caliente,
descansa la cabeza, ya no zumba

la abeja de vivir. Al que se tumba
se le llena de pájaros la frente,
se le pone el amor convaleciente
y una pena mural se le derrumba.

Para ver claro un rato me he tendido;
para oír predicar en mis desiertos,
para encontrarme todo lo perdido...

Para olvidar a medias, para nada,
ensayo la postura de los muertos,
para dejar la sangre en la almohada.

Alcántara ha querido retratar en este libro la vida de unos hombres en cualquier ciudad, aún más fugaces ante la amenaza del tiempo. Un hombre, entre todos, ha dejado unas palabras escritas, a ver si un día dan fe de una época, de un individuo, de una sonrisa.

José Luis Prado Nogueira: *Sonetos de una media muerte*. Col. "Palabra y Tiempo", núm. XII. Madrid, 1962.

Prado Nogueira es un buen poeta, y nadie lo duda. Pero sucede que, de un tiempo a esta parte, poetas tenidos por excelentes, están dando libros flojos, mediocres, y tal es el caso de estos *Sonetos de una media muerte* (horroroso título), libro que defrauda, y más contando con unos anteriores hermanos llamados *Oratorio del Guadarrama* y *Miserere*. ¿Por qué tantos poetas de los años 40 fallan hoy, titubean, se hunden? Pero vayamos con el libro.

El prólogo, del mismo Prado, ha sido escrito para asombrar al burgués. Parece mentira que leamos frases de estos caireles: *Lo que ocurre es que yo no tengo la certeza—no la he tenido nunca—de ser un escritor.*

Otra: *No sé lo que he hecho. En otras dolorosas palabras: no soy responsable.* Más: *El soneto vale por sí, no reclama una gran idea ni una alta tensión en el lenguaje. El logro formal es su última—y tal vez su única—petición. La idea más trivial es, en potencia, un soneto, con la sola condición de que el lenguaje sea igualmente trivial. Su esencia es, creo, la proporción: arte, no poesía.*

Después de lo cual, él escribe un libro de sonetos como quien abomina de las mujeres ligeras de cascos y termina casándose con una de ellas. Cuestión de "experiencia vital" y de apurarlo todo.

En los sonetos se nota la mano diestra de Prado. Pero se nota poco. El libro es una tremenda mezcla de elementos gongorinos, modernistas, clasicotes, existencialistas, parnasianos, prosaicos, librescos. En fin, literatura. Gimnasia, aunque ignoro para qué.

Vallejo, A. Machado, Rubén, Unamuno, Lugones, Otero, Bengoechea, pueden reconocerse aquí como en un espejo. Los juegos de palabras, además, son de un mal gusto fabuloso. Bueno, ahí van algunas muestras: *Quien hable en bable que no me eche un cable; La dalia del dolor; La barriga impresa del anhelo; Cerebra el espíritu hipnótico un diseño; Quien no revela a Dios no se rebela; No puede amarse quien jamás se quiso; Quien dice creer en Dios es un carota; Los tentempiés de iridiscente escoria; Si soy poeta mamo de la teta.* Etcétera.

¡Qué peña! Prado es mucho más que esto. Duele hablar así del libro, pero me acojo a la justicia, esa justicia que él, en una nota que precede a estos versos, considera como algo "impersonal y vivo".

Y, desde luego, Prado es responsable.

MIGUEL GONZÁLEZ GARCÉS: *Alrededor del mar.* Ediciones ÁGORA. Madrid, 1961.

La palabra está cuidada al máximo, y no es un libro vano, sin ideas. La imagen centra las reflexiones, y el paisaje gallego ofrece motivo sobrado para el despliegue formal y hermoso de los versos. *Alrededor del mar* me ha sorprendido; no conocía a este poeta, y me alegra el conocimiento. Poemas como "Noviembre" o "Minero de luz" dan fe de la calidad de un poeta:

> Lenta muerte de lámpara me acecha.
> Voy apartando piedras y palabras,
> hallo viejos ensueños sepultados,
> el tiempo ya cegado del recuerdo.
> Pero cavo más hondo.
> Busco la pura luz. La interna estrella.
> Y cavo más. Ahondo.
> Roca. Vetas de luz. De nuevo piedra.

Versos ceñidos, cuidado en la adjetivación, imagen frecuentemente deslumbradora, gusto vegetal *(la vida palpita bellamente en la flor del camino),* eco muy gallego de lo misterioso y vago (Rosalía, Valle-Inclán), tales pudieran ser las características de *Alrededor del mar,* cuyos mejores

poemas me parecen los titulados "Junio", "Noviembre", "Lamento por la ría", "Muerte del verso", "La esperanza".

Buen libro, con expresiones sintéticas:

> Una gota de tiempo horada siempre
> a la desnuda piedra del ser íntimo.

Versos con belleza y oficio, y un fondo de melancolía verdadera. Poeta auténtico, y sobran otros calificativos.

JULIA UCEDA: *Extraña juventud*. Edic. Rialp, núm. CCIII. Madrid, 1962.

Es un hecho la incorporación de Julia Uceda a la línea de avance de la nueva poesía española. Con *Extraña juventud,* ella nos ha dado un precioso regalo, de ningún modo súbito, a no ser para los que ignoran todo lo que rebasa sus chácharas narcisistas y ambivalentes. Julia Uceda ha ido elaborando su poesía a nivel de una concorde visión del mundo, y hoy está situada en la mejor poesía española, sin esfuerzo externo, sin más mérito que el de expresarse a sí misma y a los otros.

Una palabra resume el libro: hermandad. Pocos libros ofrecen tanto sincero deseo de unión entre los hombres. Versos de madurez, de encontrada personalidad. Libro absolutamente sin anécdota, poniendo a flote lo esencial del hombre, de los hombres. Sus ruindades, sus esperanzas. Hay una sombra, la soledad, que cruza por casi todos los poemas:

> Ved a este hombre.
> La sombra de su cuerpo cubre todo el camino
> y oscuros pájaros sin voz,
> sin música, se estrellan, hojas solitarias,
> a sus plantas.
> .....
>
> Dan deseos
> de caer de rodillas,
> de acariciar sus pies casi raíces
> y su inocente sangre
> antes que cualquier bota lo derribe.

El adjetivo "extraña", patente en el título del libro, califica toda la poesía de Julia Uceda. Por ello, estos versos pueden reconocerse como herederos de *Mariposa en cenizas,* cuyos tanteos felices proclamaban una personalidad de primer orden. La "extrañeza" de la poesía de Julia Uceda es uno de los mirlos blancos en la nueva poesía española; se derrama en varias vertientes. 1.—*La tristeza.* "También yo estoy difunta entre mis manos", dirá la poeta. "Esta tristeza de mi cuerpo"..., siempre un clima raro, de disgregación corporal. 2.—*Maternidad extraña, imposible.* Hijos nunca nacidos, mas cantados: "Os llevo de la mano diciendo vuestros nombres." 3.—*Lo mágico y misterioso.* Contra las brujas modernas—comadres de pueblo—el amor al hombre. Contra la vieja depresión metafísica, la certeza del regreso: "Dios—pasará por mis ojos". Julia Uceda

habla mucho en términos futuribles, proféticos. Tono que siempre calificó a los más grandes poetas. 4.—*El amor*. Deseo de la posesión total: corporal y psíquica: "Yo quisiera morir sólo un momento—para ver lo que soy en tu memoria." 5.—*Inconformidad*. La "extrañeza" tomada esencialmente, y como hermosura: hay algo que puede al tiempo, que no se conforma a él: "Y de día, esos labios—en que el dolor se para—, indicando que hay algo extraño que no pasa." Igualmente, la inconformidad se manifiesta en la rebeldía. Hay que demoler la sombra "que nos dieron". 6.—*El hombre, ese hermano extraño para amar*. El hombre es un acusado; la esclavitud corporal ha sido sustituída por la espiritual. Ha de aceptar lo que le mutila. A esto, se juntan las incomprensiones familiares. La "extrañeza" sigue realizándose: el hombre, "ahuyentando los violentos plurales en acecho", se identifica con la libertad. En resumen, la no identificación del individuo con su destino le pone en marcha a su término, a Dios.

Como es fácil advertir, la poesía de Julia Uceda es muy distinta a la usada por la mayoría de nuestros poetas actuales. Poesía de pensamiento, y con un lenguaje lírico de calidad, ceñido, bello.

> Desconocidas músicas pisaban
> los suelos.
> palpaban en la frente de los niños,
> dividían los muertos.
> Odios... Oh, Dios, dónde tus manos
> para crear, de barro, un hombre nuevo.

Es el único juego que se ha permitido Julia Uceda en el libro: tras la "rareza" dulce de unas desconocidas músicas, ha convertido los odios en oh Dios.

Julio Mariscal Montes: *Tierra de secanos*. Col. "La Venencia", núm. 1. Jerez de la Frontera, 1962.

Cuatro años de silencio, y otra vez Julio Mariscal con su verso inconfundible, entrañable. Ahora, el tema es sencillo: la vida diaria de un pueblo del Sur, sus afanes, sus dolores. Desde la procesión de la Patrona hasta la capea, encerrando en su paréntesis el hastío y la alegría de vivir cada minuto provincial y distendido.

Julio Mariscal está muy lejos de ser un poeta social en el sentido usual de la palabra; sin embargo, es clara su protesta ante la esclavitud de unos hombres dedicados al trabajo por un mísero jornal:

> Pero es aquí, en Iberia,
> tierra de paso tan enorme y sola,
> y un pueblo sin telégrafos en donde, todavía,
> el "Don" se mide en décadas de olivos.

He citado estos versos bien conscientemente, ya que a Julio Mariscal se le tiene, por muchos, por un poeta agregado a los versos de amor como

a un sistema; dejando ahora el asunto, quede constancia de su preocupación auténtica social, fruto de una convivencia diaria con los hombres anónimos.

Tierra de secanos es una forma de amor, de adhesión entrañable a la tierra:

> Tierra de pan sembrar, de olivareros,
> barbechera o secano; tierra siempre
> tras la esquina del tiempo agazapada
> como la tentación o como el cepo,
> esperando que uno se rebele
> y se canse de ser, y se maldiga,
> y se le entregue de una vez para su hambre
> de siglos y más siglos y más siglos...

Mariscal se ha ahorrado en *Tierra de secanos* toda meditación; simplemente describe, narra, pero con un toque sucinto de calidad, que no comprometen las abundantes imágenes. La imagen, aquí, no sirve para apoyar a la idea, ella misma es la idea. Sirvan estos versos del soneto "Cementerio":

> El adobe y la cal en imposible
> vertical de clamores que no alcanza
> la flor del hijo, el llanto de la esposa.
>
> Y Dios de par en par, alto y terrible
> con la espada de fuego, en la balanza
> separando el gusano de la rosa.

Verso claro, y una plástica especial en la evocación, que hace recordar al mejor Lorca: "brisa de miel y afanes de granito". Todo, guardando la esperanza de un mañana más llevadero para el hombre que se muere

> tras de la yunta
> y el mísero puñado de reales.

El amor al compañero, en este libro, ha podido a la protesta. En fin, otro libro de Mariscal: pedriscos, siegas, domingos, procesiones, hortelanos, taladores, y el histórico Cristo pueblerino que ve pasar las horas desde su costumbre de "esparto y alpargatas". Un buen libro de Julio Mariscal, poeta ya dueño de su campo personalísimo, labrado por él con sudores verdaderos; poesía con más sentimiento que pensamiento, y la garantía de una magnífica calidad.

MANUEL MANTERO.

ROMERO, MARINA: *Sin agua, el mar*. Ágora. Madrid, 1961.

Dejando a un lado las posibles y más o menos indirectas influencias —Celaya, Gloria Fuertes—que se advierten en algunos de los poemas sociales de este libro, influencias que en nada modifican la calidad y el corte original que le caracteriza, me interesa destacar algunos aspectos

de su estructura. Hay en ella dos puntos esenciales a mi juicio: el de las sensaciones dolorosas y el de la reiteración en estas sensaciones. Uno y otro punto están reforzados por un verso de forma ligera, breve y en apariencia descuidado, y por la insistencia a veces excesiva en la desesperanza, de modo que nada sirve que, al final, se nos diga:

Dame, Señor,
algo que arranque
mi tronco de la nada.

porque con todos los medios a su alcance Marina Romero nos ha venido insistiendo en el vacío existencial y en la desesperación. Vacío y desesperanza ¿de qué?, ¿de quién?, ¿por qué? Una de las obras poéticas femeninas de mayor tristeza es la de Concha Lagos; sin embargo, pocas hay también con mayor amplitud y esperanza. Y es que Marina Romero cree "cumplir con su deber *estando*":

Yo cumplo con mi deber
estando.
Por lo demás...

Por lo demás... parece que se encoge de hombros. (Al menos es ese el gesto que yo veo tras este poema.) Ella, dice simbólicamente, tiene siempre zapatos:

Me brillan siempre los zapatos.
Tengo otros y otros,
tantos,
que es un problema
dárselos al camino.

Sería, desde luego, un problema dárselos al camino habiendo tantos pies descalzos. Y también lo es el que muchos poetas sociales no vean esto con la misma claridad con que lo exponen. Por eso tal vez piensen que "todos nacen y mueren / sin saber para qué".

Todos no, indudablemente. Resulta pueril—y fácil—hacer traslaticios a los demás sentimientos o esquemas muy particulares, y sería preciso hacer una definitiva disquisición entre la radical desesperanza—desesperanza *a priori*—, de algunos poetas y la tristeza del hombre consciente. Mientras que la primera no sirve sino para sumir en la inoperancia convirtiendo al hombre en una masa, si no moldeable, sí muy fácil de dirigir, la segunda hace del hombre realmente un individuo. Y ser un individuo es muy difícil.

Desearía que Marina Romero no estimase estas observaciones de tipo general, como una *crítica*. Su libro me ha interesado porque es un trozo del tiempo que vivimos; porque en él se manifiesta mucha de la inercia que pesa hoy sobre nuestra poesía; porque esta inercia ahoga brotes realmente auténticos, de buena poetisa, que es preciso sacar a la superficie.

ANDRÉS, ELENA: *Eterna Vela*. Adonáis, CXCIII. Ed. Rialp, S. A. Madrid, 1961.

Libro extraño, introvertido, bello. Lo más importante de él es su ambiente, su *clima* peculiarísimo. Dividido en tres partes—*Panorama, Mar* y *Polvo*—, cada una de ellas se relaciona con las otras dos en el *mundo* a que pertenecen: un vago mundo de sombras confusas, mitad recuerdo,

mitad esperanza, sueño en ambos casos. Nada define los contornos de este mundo poético de carácter onírico, de belleza mortal, de interior: ni tiempo ni espacio se concretan en él. Las imágenes—medio y fin de estos poemas—se suceden como en el sueño, se encadenan con armonía y sentido no sólo para el poeta—el que sueña—, sino también para el lector. Hay en él ecos depurados del *surrealismo* y de todos aquellos impulsos que contribuían a la provocación de la imagen por sí misma. Nada se nombra directamente: la *infancia* es "entonces, cuando todo era mito". Este uso de la imagen hace que algunos poemas tengan calidades plásticas, como en el poema "Mujeres". En la primera parte hemos de destacar "El loco":

Amigos, ved al loco.
¿Acaso, amigos, no lleva en su frente
potencias contenidas de los otros
que evaporadas yerran en caos negro?

Mirad al loco, surge entre la bruma,
extiende hacia el espacio sus diez dedos.
Un mensaje olvidado dan sus manos.
Da vueltas, ved su pecho poseído,
alto y estrecho, se encoge y se alarga
como serpiente negra de los aires.

Y el poema IX, uno de los más extraños y bellos, y "Los desganados". Es muy interesante, en la segunda parte, el poema XX:

Y ahora las zapatillas
como dos peces bufos
asoman por debajo
de la cama, y el suelo
se ha cubierto en silencio
de pajaritas blancas
de papel, como anhelos
de juego de gaviotas.

En la tercera parte se acentúa—a pesar de que el paisaje parece predominar—el ambiente de interior a que antes aludíamos:

No hay nadie en esta loma soleada,
y todo duerme, ni un ligero viento
araña el polvo: lo Viejo reposa.
No hay nadie en esta loma soleda.

Nos encontramos, en resumen, con uno de esos libros-espejo cuya entidad está en función del ánimo del lector: reflejará el rostro con que nos asomemos a él.

JULIA UCEDA.

CARMEN BRAVO-VILLASANTE: *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán.* Revista de Occidente. Madrid, 1962.

Sigue este interesante volumen de C. B.-V. una línea biográfica muy equilibrada, que sólo en discretas dosis participa del ensayo, el documento o la recreación literaria. Una ponderada armonización de todas

estas cosas da al libro su carácter de grata lectura. Historia que no pertenece aún al glorioso y lejano ayer, sino al mucho más cercano y claudicante anteayer, corre por estas páginas escritas con vivacidad y estilo correcto, muy concorde a veces, en su tono, con el de la época misma que se va a recrear.

Queda un punto de tristeza tras la lectura de esta biografía, motivado por la evidente caducidad de polémicas nacionales, políticas y literarias, que Carmen Bravo-Villasante ha puesto en pie con acierto, y que ya no son, en realidad, sino ceniza y erudición. En otras ocasiones, por el contrario, conectamos inmediatamente con estados de la cuestión que todavía están vivos. En uno y otro caso, el carácter de brava inquietadora y precursora que en la vida nacional alcanzó "la inevitable doña Emilia", según definición injustamente irónica de un contemporáneo suyo ("boutade" no recogida, por cierto, en estas páginas), queda patente y esclarecido para siempre, si no lo estuviera ya entre una minoría bastante extensa, gracias a *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*. Al tratar biográficamente a aquel fenómeno entre dos siglos que fué la Pardo Bazán, Carmen Bravo-Villasante ha acertado con lo erudito sin agobio, lo testimonial sin proclamas—polémica feminista de ayer y hoy—, y lo literario sin falseamiento. En palabras liminares se nos anticipa la ausencia de documentos tan importantes como la correspondencia de la condesa con Lázaro Galdiano y Pérez Galdós, colecciones epistolares de las que, muy a su pesar, ha tenido que prescindir la autora. Nada tenemos que objetar a esta imposibilidad, pero sí al hecho de que se hayan agrandado estas inevitables lagunas del libro escribiendo como de pasada acerca de los correspondientes episodios que motivaron tales correspondencias.

Carmen Bravo-Villasante se cuida en todo momento de suavizar disonancias literarias y humanas en su biografía, lo cual da su tono peculiar al libro—enriquecido con láminas, bibliografía, etc.—, bien entendido que la figura impar de doña Emilia no necesita, a estas alturas, de ninguna clase de absoluciones. Su gloria está fija para siempre, y el libro comentado contribuye a cimentarla.

JULIO DE LA ROSA: *No estamos solos*. "Río del Sur". Sevilla, 1962.

El primer libro de Julio de la Rosa, *Sombras,* escrito a los veinte años de edad, obtuvo el premio Club La Rábida, de cuentos. La narración "Un viejo ha muerto", incluída en el volumen que ahora nos ocupa, ganó el premio "Adela Comesaña" de 1960. *No estamos solos* es un libro compuesto por siete narraciones atentas a los problemas del hombre ante la sociedad o ante la propia e inevitable soledad. "El autor—se nos dice en la solapa—, incrustado en las exigencias de nuestro tiempo y a través de un estilo literario difícil, que exige la constante atención del lector, nos da, con pleno conocimiento técnico y estilístico, la imagen del hombre, enfrentándolo con la peripecia trágica de la vida..." Bueno, por fortuna para Julio de la Rosa, su estilo literario no es tan difícil, ni mucho menos, como se pretende en la solapa de *No estamos solos*. El tener una prosa deliberadamente difícil es achaque del que no vale vanagloriarse,

por supuesto, a no ser que confundamos dificultad con densidad. En este segundo libro del joven escritor andaluz Julio de la Rosa todo está bastante claro—por fortuna, repetimos—, y por si no lo estuviera, el párrafo de Camus ofrecido como proemio puede hacer los mejores servicios aclaratorios al respecto:

"Nosotros, escritores del siglo XX, ya no estaremos nunca solos. Debemos saber, por el contrario, que no podemos evadirnos de la miseria común y que nuestra única justificación, si es que tenemos alguna, es hablar, en la medida de nuestras posibilidades, por los que no pueden hacerlo. Pero debemos hablar, en efecto, por todos aquellos que sufren en este momento, cualquiera que sea la grandeza, pasada o futura, de los estados y los partidos que los oprimen: para el artista no hay verdugos privilegiados."

Con tan ancha y humanitaria preocupación como supone el comulgar con estas palabras del malogrado premio Nobel, no tendría sentido escribir en un lenguaje difícil y minoritario. No sé si J. de la R. persigue tales exquisiteces, pero lo que le sale, en todo caso—y a ello hemos de atenernos—es una prosa bien trabada, sobria y expresiva a la vez, cortada y cortante—entrecortada a veces, ay—que aún llegará a mayores perfecciones formales, sin duda, con el ejercicio asiduo. En cuanto al mensaje de *No estamos solos,* que tan adrede parece proponérsenos, está en la propia preocupación del autor por los temas de la soledad, el fracaso, la vaga o evidente angustia de cada hombre. Pero le falta a esta temática un paso adelante, una actitud—tan expresa en Camus, tan difusa en sus seguidores—de rebeldía o decepción. No es sólo achaque de Julio de la Rosa—un buen escritor que empieza—, sino de toda la literatura de este tiempo —salvados los nombres clave—, el exceso de minuciosidad fotográfica y la falta de emoción cordial.

GABRIEL ANZOLA: *Cómo llegar hasta los campesinos por medio de la educación*. Biblioteca de Autores Contemporáneos. Colombia, 1962.

"Resultados de una experiencia en el Crefal" se subtitula este volumen. Su autor, Gabriel Anzola, es doctor en Ciencias de la Educación. Tres años de constante observación aunada al estudio cotidiano de los problemas educativos de la zona de influencia del Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina (Crefal), institución internacional creada y sostenida por la Unesco, la Organización de los Estados Americanos y el Gobierno de Méjico, le han permitido acopiar múltiples experiencias en el trabajo de campo de maestros y alumnos. Desde la dirección de la Rama de Formación Profesional, y mediante una íntima convivencia en aulas y comunidades, Gabriel Anzola ha tenido la feliz oportunidad de apreciar, discutir y consultar los procedimientos de penetración educativa en los medios rurales de su país. Con material tan de primera mano, ha redactado este libro.

Es teoría de Gabriel Anzola que los métodos educativos deben estimular la capacitación del individuo y de la comunidad rural—campesinado y educación polarizan este voluminoso ensayo—para que por sí mismos

mejoren sus condiciones de vida, así como estimular la confianza de la comunidad en el maestro, la actividad de los líderes de la comunidad, etcétera. En el capítulo XII se estudian las reuniones como medios de educación de la comunidad, en el XV la valoración del trabajo, y en el capítulo siguiente se ensaya una definición de la educación fundamental o de la comunidad.

El libro lleva un apéndice "a propósito de la investigación en la educación de la comunidad" y unas páginas finales de bibliografía. Cuando la extensión cultural a los medios campesinos y zonas suburbiales es problema acuciante en muchos países de América y no pocos de Europa, esta obra de Gabriel Anzola se lee con gran interés por el cientifismo de sus procedimientos expositivos, resultado de igual cientifismo investigador, que la aleja de toda interpretación extravagante del tema, como pudieran serlo una demagogia a ultranza o una retórica frívola y de circunstancias. Retórica y demagogia suelen ser los pecados en que, por uno u otro extremo, se cae hoy en el mundo al tratar lo social—que no sólo el pan es objeto de "lo social", sino también la cultura—, de modo que conviene, informa y reconforta la lectura de libros como el ahora comentado. Tanto por el interés de su experiencia concreta como por lo que en práctica y teoría tiene de extensible a otros meridianos del globo.

FRANCISCO UMBRAL.

ANTONIO MURCIANO: *De la piedra a la estrella.* "Veleta al Sur", 11. Granada, 1960. Y *Los días íntimos.* "Alcaraván", 15. Arcos de la Frontera, 1962.

De la piedra a la estrella es un libro que se aproxima a renovarnos ese grato sabor de *La semilla.* Antonio Murciano no niega sus principios, alimenta el fuego para que no desmaye la hoguera.

De la piedra a la estrella es un título hermoso, con dos garantías. Una, la de Juan Ramón y otra la de José Hierro, pero sobre todo la de este último. Recordemos los versos de *Quinta del 42.*

Manual de acertados sonetos. El poeta divide el libro en tres agrupaciones: "Universo", "Hombre" y "Dios". La más valiosa, la segunda. El único soneto alejandrino, "Mensaje para después de mi muerte", es de las principales muestras de fortuna y hallazgo. Y sobresalen muchos: "Mañana", "Lluvia", "La nieve", "El hijo"...

Este Murciano de *De la piedra a la estrella* es, en algún modo, parecido al de ayer. Su acervo de "figuras de dicción", de "elegancias" estilísticas, sigue siendo muy acusado. Un doctor en retóricas objetaría ante sus alumnos: Observad el polisíndeton de este endecasílabo: "Gracias por tierra y lluvia y sol y espiga." Contrastado con este combinado de asíndeton y aliteración: "El pueblo, el campo, el mar, la palma, el alma."

En *Los días íntimos,* su flamante libro, el poeta se repite en un repertorio no desconocido en él. Tengamos en cuenta que Antonio Murciano recoge composiciones de diez años atrás, y el poeta va superando esos moldes pretéritos de influída cosecha. La de su hermano Carlos, a veces: "Las cinco y veinte corazones juegan".

Sin duda, señalo—para mi gusto—los mejores poemas de *Los días íntimos:* "Canción de la despedida del amigo", "Balada de mi vuelta a la infancia", "Cuando nace un poema", "Antiguo amor"...

A punto de llegar el duodécimo aniversario de su estreno bibliográfico, *La semilla* y *De la piedra a la estrella* son, por ahora, la granazón de su obra en curso.

José Gerardo Manrique de Lara: *Requiem* y *Poema del buen amor.* "Palabra y Tiempo", 6. Madrid, 1961.

En el reciente doble libro de Manrique de Lara hay dos directrices, a su vez identificadas en una sola. Muerte presunta, amor. Y el *sexo* como desembocadura.

Requiem y *Poema del buen amor* son de esos libros que nunca se desprenden de su catadura humana; la arrastran, la dispersan, la abonan en paradojas.

No permanece, ciertamente, el poeta al margen de morosidades en el trayecto de este diálogo monologado—permítasenos la paradoja—entre "la voz de la Amada" y "la voz del Poeta". "Un pensamiento en dos frentes".

El poeta pervive, perdura en el acento elegíaco de la amada. Ni ésta *vive* del todo, ni aquél ha muerto *por completo.*

Sumidos en una alucinante fiebre, en la atisbadura trémula de *Requiem* uno despliega el pensamiento de un filósofo francés: "El hombre es más grande que el Universo que lo mata, porque sabe que muere."

Manrique de Lara anticipa su voz frente al silencio inexorable que aguarda a todo ser. Intenta prorrogarse en vida, demorarse en muerte.

En *Poema del buen amor,* el *sexo*—entiéndanme—, irradiante, sobreviviente, invade muchas veces al poema. La amada, postrada ante la losa fría, exclama patéticamente: "¡Tómame entera y gózame! ¡Soy tuya!" Confiesa el poeta: "Mis dedos acarician el signo / con que muere la carne." O: "Sima fecunda / donde busca el varón la sed y el agua."

Puestos a elegir entre *Requiem* y *Poema del buen amor,* nos inclinaríamos por este último. Aquí el poeta apura y traspasa los horizontes con menos pausas.

Rafael de Penagos: *Memoria de mis días.* "Losada". Buenos Aires, 1962.

En líneas generales, este libro de Rafael de Penagos—antología—se me antoja muy estimable. El poeta ha seleccionado para su volumen versos fechados entre 1953 y 1960.

Su poesía asimila matices y acordes de altos padres líricos: Juan Ramón, Alberti, Hernández, ases de oro de esa gran baraja contemporánea. *Memoria de mis días* me gusta. Su contenido—algo apriorístico—es transparente, noble de su realidad. Rafael de Penagos ha heredado buen gusto para componer versos y acercarlos a los demás. A Penagos no le da

miedo transitar por andamios ya frecuentados. Pero esto, ya se sabe, posee sus inconvenientes. Que la pasión no comulgue con la ceguera.

En Penagos se cuece un buen poeta. Lo creo. Se adivina. Los muy posibles aciertos de Penagos están en su fidelidad, en su capacidad de recoger auténticos climas matrices. En soleares, sonetos y estrofas asonantadas de buen cuño, Rafael de Penagos derrama su fe y su fiebre a un tiempo con elementalidad y ambición.

JULIO ALFREDO EGEA: *Museo*. "Alcaraván", 16. Arcos de la Frontera, 1962.

A los dos años de silencio, Julio Alfredo Egea se incorpora a nosotros con su cuarto libro. De *La calle* a *Museo*. De "Veleta" a "Alcaraván". Del pájaro en mano al centenar volando. De lo vivo a lo pintado.

Este Julio Alfredo Egea de hoy aborda un tema aún más dilatado que el de *La calle*. Un tema tan ancho como las iniciativas de una colectividad, por ejemplo. El Alberti de *A la pintura* fué injertando perspectivas, ornamentos a su libro en sucesivas ediciones. Este *Museo* podría multiplicar el número de sus *salas,* de sus *galerías,* hasta lo infinitesimal. Sería el libro de nunca acabar, ciertamente.

¿Qué poesía es esta, ahora, de Julio Alfredo Egea? ¿Poesía *al óleo, al fresco, al pastel, al temple?* Evidentemente, menos formalista que otras veces. Prosigue sosteniendo una intención plateresca ("Ajuar de nebulosas". "El teclado de sol de las mazorcas". "Ata un viento todo el músculo del árbol"). Cuando el caos, el mundo era "un gran topo de arcilla". El océano, un "globo de furia y de coral, tatuado por vigencias de ancla y tiburones". Las manos del Cristo crucificado, "hostias derramadas".

Aquel don Antonio Machado de don Guido, sale y se esconde en seguida: "¡tan serios! ¡tan estirados!". Lorca presente, desde luego: "Crótalos del amor por la montaña". Acaso Blas de Otero: "...haber soñado españas como ríos".

Museo digno de visitarse.

JOSÉ ALBI: *Elegías apasionadas*. "Rocamador", 9. Palencia, 1962.

A José Albi le importa la corteza del melocotón—en otros se podría decir la cáscara—tanto como el hueso. Una cosa depende de la otra. La locución y el concepto se complementan.

Advierto en este libro un insistente empleo de vocablos en primera persona: "Yo quisiera", "Y yo sigo", "Soy como", "Yo no sé"... Recuerdo que alguien consideró no hace mucho que "ha venido efectuándose, poco a poco, un progresivo desplazamiento hacia esa zona del ser humano en que cada cual se aisla; en que el poeta se acostumbra a hablar por sí y, por tanto, propende a ser autobiográfico, a recordar como un medio de conocerse. El *yo* va sustituyendo en los versos nuevos al *nosotros;* ese *nosotros* que desde los años cuarenta no ha sido solamente plural de autor, sino plural de corazones".

Yo calificaría estas *Elegías apasionadas* con un verso del propio Albi: "Soy como un largo sueño que se bebe a sí mismo". Eso es. Porque el poeta destila su poesía "con el agua hasta el alma / y el alma al cuello."

Dos buenos sonetos: "Miguel Hernández" y "Huerto de cruces". Un romance bien acuñado: "Plaza de los luceros".

A la intensidad de temperatura del volumen informa un léxico apretado.

ANTONIO PÉREZ CALDERÓN: *Urgencia por las cosas*. "Ágora". Madrid, 1962.

He aquí un nombre que sale a flote—¡vivo!—por la superficie de la poesía última. Antonio Pérez Calderón es madrileño y tiene treinta años. Con *Urgencia por las cosas* inicia con ventaja su *sprint* hacia su meta.

Todo primer libro—me decía años atrás Vicente Aleixandre—"es otro nacimiento; en realidad, el primero de uno mismo que uno conoce". En efecto. Registremos hoy los apellidos de Pérez Calderón y no le regateemos confianza.

Urgencia, urgencia por las cosas todas en esta voz recién llegada en versos de afilado tono real. Porque en realidad, en hombre, piensa y entiende Antonio Pérez Calderón. Las intuiciones le rebosan, le abisman.

El libro comienza con una inevitable "Crónica de mí" ("Inauguré la vida por septiembre, / cuando toca a suicidio entre las hojas"). Por sus poemas, el hombre desfila en caminos de frutecer, porque tiene "brazos capaces de hacer pozos"...

> El oficio de Hombre...
> es algo inexplicable, que debe celebrarse.

Antonio Pérez Calderón no se anquilosa, pero sí atiende a ciertos reclamos de cuclillo—que a poco conducen—de los que algún viento acaso le haga desprenderse ("Diciembre / se quedó finalista del poema del tiempo..." "Perito en tristeza". "Minuto de silencio por el mar muerto". "Yo os propongo hoy / una colecta... / por las hojas doradas que en octubre / se nos mueran en acto de servicio").

En resumen. Pérez Calderón ha entrado con pie derecho en la poesía. Que no se le tuerza. Recogemos su primera voluntad:

> Y he gritado muy fuerte,
> por que escuches al hombre.

ANTONIO BURGOS: *Palabra en el vacío*. "Alcaraván", 14. Arcos de la Frontera, 1962.

Otro poeta—sevillano—empujando lo suyo: Antonio Burgos. Muy joven: rondando la veintena. ¡Cuántas voces nuevas pugnan, pujan por abrirse paso, por ser escuchadas!

Recuerdo al joven Burgos cuando, desconocido del todo, me escribía y visitaba. Hoy ha escrito un libro, *Palabra en el vacío,* título acomodado por un verso de Aleixandre.

Rafael Montesinos registra en el prólogo: "Si el poeta, por sus años y por su tierra, se siente pesaroso del tiempo y lleno de malancolía, el hombre, en cambio, por su extremada juventud, trata de ser esperanzado." Eso es Antonio Burgos, un esperanzado; y un esperanzado no gratuito... Su *Palabra en el vacío* no ha rodado al precipicio. La primera pocas veces suele caer. Veremos la segunda.

En sus versos se cuela algún que otro *andalucismo* clandestino: "campanería". Pero el poeta se arrepiente pronto. En el soneto "Encuentro después del veraneo", Burgos demuestra la capacidad de su creación.

Libro revelador, como todo libro inicial en su pro o en contra, asaltado de recuerdos y pasatiempos de adolescencia. Dice bien el prologuista: "Si alguien siente lejana la niñez es precisamente el niño que acaba de abandonarla..."

JOAQUÍN CARO ROMERO.

Pida CUADERNOS DE ÁGORA *en:*

Librería Abril. Arenal, 18. Madrid.

Librería-Editorial Agustinus. Gaztambide, 75. Madrid.

Librería Buchholz. Av. C. Sotelo, 3. Madrid.

Librería-Editorial R.I.A.L.P. Preciados, 44. Madrid.

Librería Villegas. Preciados, 46. Madrid.

Librería Sanz. Sierpes, 90. Sevilla.

Ediciones ÁGORA. José Antonio, 31. Madrid (13).

Distribuidor en Barcelona:

Distribuidora Moderna. Calle Unión, 13. Barcelona (1).

Distribuidor en Sevilla:

Joaquín Caro Romero: D.ª María Coronel, 23.